Selva Almada, la escritora cuya apuesta política es contra el porteñocentrismo



Selva Almada desentraña lo que es la escritura de y desde las provincias, la lejanía y cercanía con Buenos Aires: reconoce que no hubo una toma de posición consciente de ubicarse en los márgenes de Buenos Aires, pero con el tiempo reparó en ello, al punto de fundar una librería que tiene como objetivo poner foco en la literatura “federal” y “no canónica”.

Nacida en Entre Ríos en 1973, publicó, entre otros, *El viento que arrasa* y *Ladrilleros*, además de *El mono en el remolino*, un librito que armó con sus apuntes del rodaje de *Zama* , la película de Lucrecia Martel.

Todos tienen un aire, un habla, personajes de provincia, confluye Patricia Kolesnicov para Infobae, tras mantener un mano a mano con ella en la Feria Internacional del Libro de Buenos Aires.

—Contame cómo fue eso de tratar, a la vez, de eludir el color local y, sin embargo, tratar de hacer una literatura de provincias.

—Bueno, esto empezó un poco con la poesía, aunque yo no escribo poesía, pero en una época había empezado a escribir una serie de poemas sobre la infancia, sobre mi infancia, y ahí, entonces, empezó a aparecer este universo, los personajes de pueblo, los personajes que yo había conocido en mi infancia, la manera de hablar, el lenguaje. Ese libro de poemas fracasó, escribí dos poemas y después no pude escribir ningún otro que me convenciera, que me gustara. Pero me gusta esto de contar estas escenas de mi propia biografía, y escribí un libro de cuentos, que se llama Niños, una especie de nouvelle, y así me di cuenta de que aparecía algo de esa provincia que yo había dejado ya –porque ya vivía en Buenos Aires– pero que seguía apareciendo y que me seguía interpelando de alguna manera. Y así empecé a escribir un poco más en esa dirección o buscando ver de qué manera todo eso podía volver a traerlo.

—Pero vos dijiste alguna vez que había como un rechazo a la idea de color local.

—Sí, de hecho, cuando yo vivía en Entre Ríos había empezado a escribir ya hacía unos años, no había publicado nada, pero escribía; y mis cuentos de esa época son en no lugares, y los personajes no tienen nada que ver con la provincia ni con lo pueblerino. Porque lo que había leído hasta ese momento era bastante poco, lo que te daban en la escuela, y después, estudiando el profesorado de Literatura, empecé a leer un poco más de entrerrianos que se salían un poco de ese folclorismo, que era lo que a mí me molestaba mucho.

—¿Por ejemplo quién?

—Para mí fue muy revelador Zelarrayán, que tiene una novela que cuando la leí me voló la cabeza y dije ah, pero se puede hacer todo esto con la lengua, con el habla, además del lugar, digamos, de la provincia. Tiene una novela que se llama La piel de caballo, que transcurre en Buenos Aires –porque es un provinciano que vive en Buenos Aires–, pero está absolutamente impregnada de ese sonido de la oralidad y del decir de las provincias.

—Entre Ríos está acá nomás. ¿Vos sentís una diferencia tan grande como para que valga la pena hacer una literatura con eso?

—Sí, hay una diferencia muy grande, porque estamos muy cerca de Buenos Aires, pero nos sentimos más cerca de Uruguay que de Buenos Aires. Los entrerrianos tenemos más que ver con los uruguayos.

—¿En qué cosas?

—En un ritmo interno, me parece, que tiene la provincia y que tiene el Uruguay. Además de que tomamos mates todos, pero creo que tiene que ver, sí, con un ritmo, un quedo, con una manera un poco más relajada o pausada de ver y de entender las cosas.

Fuente: El Entre Ríos.